

D. Dionisio, quienes no dejaron de incomodarse con su tenaz resistencia.

Se continuó bailando, y como á las once de la noche, fatigados de walsar y contradanzar, comenzaron á bailar sonecitos del pais; pero luego que bailaron uno que llamaban el dormido, se levantó el coronel y se despidió con su familia, prestando enfermedad y muchas ocupaciones al dia siguiente.

Bastante hicieron por detenerlo; mas todo fué en vano, él se retiró; y á otro dia fué Eufrosina y su marido á verlo con achaque de saber si habian tenido novedad; pero la verdadera causa que los llevó, fué la que se dirá en el capitulo catorce.

CAPITULO XIV.

En el que se descubre la causa de la visita de Eufrosina, que fué un sentimiento que tenia de su cuñado, y la satisfaccion que este le dió.

ALMORZANDO estábamos, cuando Doña Eufrosina entró con su marido, muy cuidadosa, al parecer, por la salud del coronel; pero á poco rato no pudo disimular el motivo verdadero de su visita; y así le dijo: Muy bien conocí, hermano, que usted anoche no tenia otra enfermedad que su maldito genio hipocondriaco y escrupuloso. ¡Caramba, que es usted fatal! me hizo usted desesperar, y me desairó como acos

tumbra, no consintiendo que bailara Pudenciana un walsesito, y esto, solo porque era empeño mio y se habian interesado al efecto aquellos caballeros. Sí, por eso fué, por eso: porque decir que no sabe bailar walse Pudenciana, es negar la luz del dia; y á mas de que semejante muela se les podia encajar á los demas; pero no á mí que estoy cansada de verla bailar con Pomposita. Pero ¡ya se vé! que usted lo hará porque se crie su hija recatada; aunque en esto de buena crianza nada le va á deber á la mia, porque yo y su padre tambien sabemos lo que se hace, y al fin es una groseria que una muger no sepa bailar cuanto se usa, ni que por ser zonza desaire á los que en una concurrencia la conviden. Yo por mí, hermano, ya me guardaré de suplicarle á usted nada en una publicidad, pues tengo mucha experiencia de que siempre se empeña en que quede mal.

No es para tanto, hermana, dijo el coronel; usted no debe sentirse porque no bailara wals Pudenciana. En verdad que se lo tengo prohibido, y me parece que con razon. Soy su padre, y tengo cuanta autoridad necesito para impedirle todo aquello que me parezca mal.

No por eso pretendo que la educacion que yo le doy á mi hija sea norma por la que se sigan las demas. Cada uno es dueño de su casa y padre de sus

hijos, y obrará como le pareciere. El mundo se compone de opiniones.

¡Vaya, vaya! eso es tirar la piedra y esconder la mano, decía Doña Eufrosina: á usted no le acomodan los bailes, porque ya es viejo. sí, por eso, y no quisiera que ninguno bailara; pues yo he oído decir que los bailes son buenos y en todo el mundo se baila, y yo y Pomposa hemos de bailar sobre el diablo. Quedábamos bien con meternos á recoletas tan temprano. Mi hija está en la flor de su edad, y cuando yo no pueda bailar por vieja, no he de embarazar que baile la muchacha, que eso fuera como el perro del hortelano. A mas de que hasta en los conventos de frailes y monjas bailan de cuando en cuando, ¡vea usted por qué yo hemos de bailar nosotras que estamos en el mundo y todavía se nos menea un pié!

Dice usted muy bien, hermana, prosiguió el coronel; pero no ha dicho sino lo que yo, esto es, que todos piensan con su cabeza, y cada uno hará en su casa lo que le pareciere.

No por esto crea usted que aborrezco toda clase de bailes por mi humor tétrico ni por mi edad madura: mas viejo que yo era Sócrates cuando comenzó á tomar las primeras lecciones del baile, y no perdió nada de su filosofía por esta afición.

No ignoro que el origen del baile casi se pierde en

su misma antigüedad, y esta diversion ha sido universal en todo el mundo, aun entre las naciones bárbaras. Ella ha tenido parte en los cultos religiosos, en los enlaces de bodas, y en las particulares festividades de la paz, y hasta entre los horrores mismos de la guerra.

Por tanto, pretender desterrar una diversion tan generalmente recibida, sería un absurdo antisocial; porque el baile en sí es indiferente, y solo malo ó bueno, segun el uso que de él se haga, y conforme el espíritu con que se baile. Santo fué el baile de David delante del Arca, y maldito el de los Israelitas al rededor del becerro; pero ¡cuán diverso fué el espíritu de estos bailadores!

Bailar por alegría, bailar conservando las leyes del honor y la modestia, es buen bailar, y no hay quien lo condene. Los reyes, los hombres mas juiciosos y timoratos han autorizado esta diversion, no solo asistiendo, sino dando ellos mismos unos bailes suntuosísimos. Tales fueron los que dió Catalina de Médicis á los reyes de España, el memorable que dieron los padres del Concilio de Trento en esta ciudad á Felipe II, año de 1562, y el muy distinguido que dió Luis XII en la de Milan, rompiendo el baile el mismo monarca, y danzando en él los cardenales de S. Severino y de Narbona.

Estos bailes, y todos los que sean arreglados, son

loables y pueden frecuentarse sin riesgo; pero no son todos así seguramente. Yo asistiré y llevaré á mi hija á los que me parezcan tales, acordándome que el sabio Blanchard dice: "Que en cuanto á saber bailar es un ornamento que es bueno procurarse, porque seria llevar el rigorismo muy lejos, impedir absolutamente el baile á las personas del mundo, y no se puede condenar sino el abuso de él." Pero en virtud del parecer de este autor y por las obligaciones que me impone la religion, sé que no debo llevarla á ciertos bailes que comienzan con ceremonia y etiqueta, y acaban en manoseo y retozo. Esto haré yo; pero no me opondré á que usted y los demas hagan lo que quisieren. Calló el coronel, y Doña Eufrosina, no pudiendo sufrir mas esta reprehension, varió de plática, y á poco rato se despidió con su marido.

A pocos dias encontré á Tulitas la ahijada del coronel; pero en un estado tan infeliz que no la conocia, porque estaba muy sucia, trapienta, descolorida, flaca y enmarañada. La pobre me habló y en un instante me contó sus desgracias, y cómo habia estado en la cárcel y acababa de salir del hospital, y que estaba arrimada en casa de una vieja que habia sido amiga de su madre. Yo me compadecí de ella, la socorrí con lo que pude, y me despedí.

Le conté este pasage al coronel delante de Doña

Matilde y de su niña, y me dijo: No te admires: tales, casi siempre, el paradero de las jóvenes bonitas que no se saben apreciar ni conservar su honor con constancia. El mundo las seduce, las alhaga y las lisonjea por unos dias; pero al fin las abandona con infamia en los brazos de la miseria y de una vejez harto infeliz.

Despues que corren alegremente un poco de tiempo pisanflo flores por el camino de la prostitucion, despues que marchitan su juventud con los placeres, bailes, fiestas y bureos, cuando menos lo piensan se hallan despreciadas de sus adoradores, hechas el juguete de todos, y encuentran en el hospital ó la cárcel los mejores lugares en que llorar el fruto de su mal apreciada libertad. Gertrudis me compadece, pero tiene mil compañeras dignas de la misma compasion. ¡Ya se vé, que esta muchacha no se hubiera perdido, si no hubiera sido por su madre!—¿Le preguntaste por ella?

Si le pregunté. Me dijo que habia muerto, y añadió muchos sentimientos de su conducta. ¡Dios la haya perdanado! me dijo: ¡Ojalá no me hubiera concebido en sus entrañas! Ella me hizo ecsistir en el mundo; pero tambien me hizo infeliz en él. ¿Qué gana tenia yo de haber perdido mi crédito, ni haber pasado lo que solo Dios sabe? Muy bien estaba yo en casa de mi padrino tu tutor: nada me faltaba á su

lado, y sobre todo, estaba yo con honra y frecuentando los santos sacramentos, como tú lo veías. Tal vez allí me hubiera yo casado, y no que mi madre, (Dios se lo perdone), por la maldita codicia me vendió al infame D. Gervasio, y de allí se originó toda mi ruina, de la que no me repararé en la vida. Diciendo esto, comenzó á llorar amargamente, yo me consterné lo bastante, le di alguna cosilla, y me despedí como ya dije.

Repito, continuó el coronel, que es digna de mucha lástima Gertrudis. La frase con que ella culpá á su madre es bien adecuada. Por la codicia venden muchas á sus hijas y las hacen desgraciadas toda su vida, y con razon estas las hacen acreedoras al desprecio universal: ¿de qué execraciones no serán dignas las madres impías que trafican vilmente con sus hijas?

En esto estábamos, cuando entró el rancho Pascual muy contento á avisar al coronel cómo para el inmediato domingo estaba prevenida la boda de Cúlás. D. Rodrigo recibió la noticia con agrado, y le dijo que el sábado estuviese en México con ocho caballos buenos, porque queria ir la familia de su cuñado. Pascual ofreció hacerlo así, y dejando muchas memorias á su ama, se fué para su rancho.

Me gusta este Pascual, decia el coronel, por hombre de bien y candoroso. Sin embargo de que la

malicia ha estendido su imperio por todas partes, se encuentran entre estos pobres rústicos algunas almas tan sencillas y algunos corazones tan limpios, que es preciso amarlos luego que se tratan. Por lo común no conocen el disimulo, la mentira, ni la vanidad, y esto los hace recomendables para toda gente sensata. Ellos es verdad que ignoran la finura, cumplimientos y faramallas de las ciudades; pero en cambio poseen muchas virtudes morales y cristianas, con las que pasan en su estado una vida feliz, y al fin aseguran la eterna. Por esto dice S. Agustin que los indoctos arrebatan el cielo. Es una lástima que se eduquen tan greseramente, y que se instruyan tan poco en su religion.

Si muchos de estos tuvieran mejores conocimientos de Dios, de sus atributos y perfecciones, de la naturaleza en comun y de la suya propia, serian menos idiotas y mejores padres y maridos, y darian á sus virtudes mas brillo y elevacion, conservando las que poseen y adquiriendo las que no conocen.

¿Pero en qué está, dije yo, que á pesar de la natural buena inclinacion de estas pobres gentes, las vemos algunas veces cometer unos delitos enormísimos, y los advertimos incurrir en unas boberías casi increíbles, especialmente los indios, en los que se notan unos defectos tan comunes y generales, que no parece sino que pasan por herencia de padres á hi-

jos? porque los indios son mezquinos, rudos, embusteros, supersticiosos, desconfiados, y muchos borrachos y ladrones. ¿En qué estará esto? quisiera yo saber, porque no comprendo por qué en cada clase de gentes sobresale cierta clase de vicios que parece que les son privativos. En los ciudadanos veo resaltar la intriga, la falsedad, la adulacion, la vanidad, la soberbia y el orgullo si son ricos (1); si son pobres, los veo holgazanes, descuidados, atrevidos, sinvergüenzas, necios y abandonados á los vicios mas torpes. En los payos ó gente rústica veo que sobresale la barbarie, el despilfarro, la groseria y la supersticion, y en los indios lo que ya tengo dicho, y así discurriendo por las demas clases del estado.

Hijo mio, tu duda es curiosa é interesante, dijo el coronel: yo no sé si te la podré satisfacer. El clima, las costumbres, las leyes y la religion del pais donde se nace, influyen poderosamente para formar el caracter de los hombres. Entiendo por caracter aquel apego y entusiasmo con que cada nacion conserva los modales que le enseñaron sus mayores, é que ha ido adquiriendo en el discurso de las tiem-

(1) *Todo esto se entiende con la respectiva restriccion, pues no se puede hablar generalmente. Muchos ricos habrá con estos vicios y mas, y muchos pobres con otros, y algunos sin vicio notable, &c. En todo cabe la escepcion.*

pos. La primera educacion que recibimos tambien influye mucho para formarnos el espíritu y para diferenciar nuestro caracter de aquellos que no la recibieron igual.

Concebida la verdad de estos principios, naturalmente se viene en conocimiento del motivo porque son tan varios los caracteres de los hombres, no solo considerados de nacion á nacion, sino tambien de provincia á provincia dentro de un mismo reino.

En esta inteligencia, no es extraño que los payos, los pobres y los indios tengan un carácter diferente ó unas diferentes inclinaciones respecto de los ciudadanos ricos é instruidos. La educacion y los principios de estos son diversos de los de aquellos: por consiguiente, debe ser diverso el carácter de unos y otros. Esto nada tiene de raro.

Busquemos en la educacion el origen de los vicios y de las virtudes de los hombres, y no nos será difícil encontrarlo. Mientras la educacion sea burda y abandonada, los hombres serán groseros y se inclinarán á los vicios mas torpes. En el estado natural, cuando el hombre abandonado á sus pasiones, sin religion, sin leyes ni gobierno, sin seguridad y sin cultura vagaba por los montes ya oprimiendo al desvalido, ó huyendo del mas fuerte, ¿qué eran sino unos bárbaros que tan pronto se engreian con el mas criminal despotismo, como se encorvaban bajo la

esclavitud mas vil? De cualquier modo deshonra-
ban la humanidad, ya tiranizando á los infelices, y
ya sirviendo de infames instrumentos para que los
poderosos satisficieran sus caprichos.

En medio de estos casos progresivamente apareció
la religion, se reunieron en sociedades, se juraron
las leyes, se establecieron los gobiernos: y mira
aquí al hombre convertido de asesino en filántropo,
de ladron en custodio de los intereses de sus seme-
jantes, de holgazan en laborioso, y últimamente de
salvage temible en ciudadano provechoso.

Tal ha sido la suerte de los pueblos, y tal es y será
la de todos los individuos de la especie humana.
Segun la idea que se formaren de la religion y del
gobierno, segun la sociedad en que se erien, la edu-
cacion que reciban y las costumbres que vean prac-
ticar, así saldrán ellos como he dicho.

El pobre ranchero, el infeliz indio, el plebeyo
abandonado, que ignora la religion que dice profe-
sa, que no conoce la justicia de las leyes, ni advier-
te la gravedad de los delitos que comete, y á mas
de esto, se ha criado en medio de una familia soez,
educado con los pésimos ejemplos de unos padres
viciosos é ignorantes, ¿qué podrá ser sino un inculto
barbajan, y acaso un vicioso perdurable? Sin adver-
tir la mútua conveniencia que nos resulta de suje-
tarnos á las leyes civiles, sin saber cuánto nos obli-

gan las eternas, sin probar jamas los dulces frutos de
las ciencias, y sin noticia de lo que es probidad, ho-
nor y vergüenza, ¿qué puede ser, repito, un hombre
de estos, sino un necio, un mal padre, un peor mari-
do, y un pésimo individuo de la especie humana?

Tú me preguntarás ¿á quién le toca poner el reme-
dio sobre estas cosas, y velar acerca de la buena edu-
cacion de estas gentes? y yo no me detendré para de-
cirte que al gobierno.

Los reyes en primer lugar, y en segundo los que
hacen sus veces, son los que tienen esta segrada
obligacion conforme al sagrado testo: ¿Te ha consti-
tuido Dios, (dice el Eclesiástico), (1) superior de
estos individuos? Pues ten cuidado de ellos.

Nuestros soberanos, bien penetrados de este prin-
cipio, han querido desempeñar siempre este divino
precepto. Las repetidas y piadosas órdenes que en
todos tiempos han espedido para que se establezcan
escuelas en todos los pueblos, las academias que
han erigido en este y en el otro continente, los co-
legios que han recibido bajo su patronato real, los
premios que han querido se consagren al mérito,
etc. etc. son pruebas nada equívocas de que han tra-
tado de desterrar de entre sus vasallos la holgaza-
neria y la ignorancia, y de consiguiente la miseria y

(1) *Eclesiást.* 31. 1 y 2.

el vicio, detestando como reyes católicos aquel inicuo axioma del falso poillico Maquiavelo, que decía ser conveniente á las metrópolis mantener sus colonias pobres y estúpidas, como si la indigencia y la barbarie fueran mas poderosas para sujetar á los hombres á la razon, que no la mediocridad, y la doctrina ó enseñanza.

Los excelentísimos señores vireyes han cumplido por su parte las disposiciones de los reyes, publicando sus órdenes y haciéndolas valer en lo posible. Pues si esto ha sido así, dirás: ¿En qué consiste que en el reino haya tanto holgazan, ignorante y vicioso como se ve? No sé si atinaré con la respuesta; pero escucha. No siempre depende de las primeras voluntades el que se cumplan sus benéficas intenciones. Ni los reyes, ni los vireyes, ni los magistrados, ni cualesquiera superiores son como Dios, que con un solo acto hace cumplir su voluntad por sí, sin necesidad de ageno auxilio. Todos los hombres son muy miserables y limitados: siempre estamos dependientes unos de otros, y necesitamos valernos de los demas para verificar muchas veces nuestros designios. He aquí la resolucion del problema.

Los reyes han querido que sus vasallos se instruyan y se eduquen rectamente: para esto han mandado se establezcan y fomenten escuelas en todas partes: sus viceregentes han comunicado las reales órde-

nes á los jueces y curas de los pueblos, como que estos son los agentes inmediatos y á quienes corresponde llenar las benéficas intenciones del soberano. Y bien: ¿se cumplen en todas sus partes y como debia ser? Los resultados dicen que no, por mas que los subdelegados y párrocos digan que hacen cuanto pueden.

No ignoro que algunos de estos se desvelan y se afanan porque los indios de sus pueblos reciban la instruccion mas conveniente y proporcionada á su capacidad; pero tambien sé que no son los mas, y por esta verdad responde la estupidez de los indios de casi todas las provincias del reino.

No solamente en los pueblos se lamenta este descuido en la primera educacion de los pobres. En las ciudades y en la capital misma no se observa mejor con corta diferencia. ¿No ves la multitud de muchachos trapientos y haraganes que vagan todo el dia por las calles? ¿No te encuentras á cada paso con una tropa de vagamundos que andan jugando á los clavitos y al picado en las esquinas y plazuelas, sin mas aparente ocupacion que vender billetes? ¿No te ha escandalizado el ver pedir limosna unas criaturas de cuatro y de cinco años? Pues esto ¿qué prueba sino que tienen unos padres indolentes, y unos curas que tal vez ignoran que tienen semejante clase infeliz de feligreses?

Después que yo veo la abundancia de muchos perularios que sobrecargan con su peso la sociedad, no me hace fuerza encontrar unos hombres borrachos tirados en las calles como unas bestias, ni me admira que haya tantos ladrones y viciosos arrastrando una cadena, sufriendo unos azotes afrentosos ó pagando en el último suplicio sus delitos. Nada de esto me admira, porque es consiguiente á la abandonada educacion que recibieron; y seria un delirio esperar frutos sazonados de semillas ruines.

Ya ves aquí descubierto el origen de los vicios que especialmente notas entre la gente pobre é ignorante, y ves cómo no bastan á impedirlos las mas sanas providencias de los reyes ni las ineficaces diligencias de los que gobiernan en su nombre. Los ojos que miran de cerca á sus pueblos y las manos que están destinadas para repartirles el pan de la doctrina, son los que deben cooperar á esta grande obra.

Para ella no basta que haya escuelas en los pueblos ni en las feligresias, se necesitan indispensablemente dos cosas, y faltando unas de ellas, las escuelas valdrán tanto como nada. Es pues, preciso que haya escuelas; pero que estén encargadas á maestros idóneos, no solo para enseñar el catecismo y las primeras letras á los muchachos, sino tambien buenas costumbres. Mas ¿qué se podrá esperar de unos maestros, como yo los he visto, no solo

ignorantes sino tambien viciosos! Alguno he conocido que desde la mañana hasta la tarde estaba en viando por aguardiente. Todo el dia borracho ¿qué podria enseñar á sus discipulos? y ¿qué aprovechados saldrian estos con un ejemplo semejante?

No es raro hallar en los pueblos esta clase de individuos, ni es difícil encontrar sujetos de probidad é instruccion que desempeñen el título de maestros á satisfaccion de los curas; pero dotándolos regularmente. Mas querer hallar hombres instruidos y á propósito que se sujeten á esta fastidiosa tarea por veinte ó catorce reales semanarios, es imposible.

Dótense bien esas plazas, y sobrará quien las ocupe dignamente. Si se me preguntara ¿de qué fondos debian salir estas dotaciones? Yo dijera, que de las cajas de comunidad de los indios y de las particulares de los comerciantes y hacendados de sus pueblos, pues á todos alcanzaba el beneficio de la buena educacion de los muchachos.

No es esto tan difícil como parece. Si los señores párrocos persuadieran á los indios de las ventajas que resultarian á ellos y á sus hijos de la buena educacion que estos les dieran, si les hicieran ver que era mas grato á Dios y provechoso á ellos que educasen bien á sus hijos, que no que gastasen su dinero en fiestas, ni en vestidos de soldados en la semana santa, en comedias, loas, retos y otras frioleras

inútiles cuando no perniciosas á ellos mismos, seguramente recibirían los paternales consejos de sus curas; porque el indio en concibiendo que le interesa alguna cosa, se presta á ella á costa de los mayores sacrificios, y abrazada por ellos esta idea franquearían sus arcas, y se hallaría con que dotar maestros hábiles, que gobernasen sus escuelas, que es la primera condicion que se requiere para la buena educacion de los pueblos.

La segunda no es menos importante, y consiste en celar que los muchachos vayan á ellas; porque si no ¿de qué servirán los buenos maestros? Esto me parece menos difícil que lo primero, en queriendo que lo sea los que mandan en los pueblos. ¿Qué dificultad hay para saber cuántos muchachos hay en un pueblo? ¿por qué no se podrán llamar por lista todos los dias como se hace con los soldados? Faltando alguno, ¿qué teología se necesita para averiguar en quién consiste la falta, si en el muchacho, ó en su padre, ni para castigar irremisiblemente al culpado? y por último, ¿qué no pudieran hacer el maestro y el gobernador, auxiliados por el subdelegado y el cura? Seguramente se conseguiria el fin, y se llenarian muy en breve las intenciones de nuestros benéficos monarcas.

Lo mismo y con mas facilidad se podria hacer en las ciudades; y ves aquí, segun me parece, realizado

en dos palabras el plan de educacion general, que hasta hoy tenemos en un pié lamentable. *Buenos maestros que enseñen, y mucho cuidado para que los muchachos aprendan.* Si por fortuna á este cuidado se juntara algun amor del bien público de parte de los párrocos y jueces, y procuraran animar á la juventud con algunos premios y cariñosas distinciones, entonces yo aseguro que no muy lejos, dentro de diez años se harian demasiado perceptibles las ventajas.

Pero yo me he distraído mucho en esta conversacion, que quizá te habrá enfadado por prolija; aunque tú has tenido la culpa por haberme tocado en un punto que siempre he visto con el mayor interés y compasion. Son ya las doce, y se me habia olvidado que tengo que ir á casa del marqués.

Yo le di las gracias por la confianza que me dispensaba, asegurándole que lejos de fastidiarme su conversacion, siempre me era demasiado agradable por la instruccion que en ella recibia. Con esto se despidió el coronel, yo entré á hablar un rato con Doña Matildita y su niña, y á poco me despedi tambien.

CAPITULO XV.

En el que se cuenta la desgraciada aventura de Pomposita, y el casamiento de Culds y Marantoña.

AL dia siguiente pasé mi catre, mi baúl y mi corto ajuar á la casa del coronel, y el inmediato sábado